

El imaginario sobre el magisterio del porfiriato a nuestros días

Edson Javier Aguilera Zertuche

Doctor en Ciencias Sociales. Profesor de las Escuelas Secundarias Mixta 88 y Técnica 134. asesoriametodologicaentesis@gmail.com

¿Realmente el magisterio es una forma de vida?, ¿qué significa que sea una forma de vida?, ¿qué implica si efectivamente lo es? Antes que “aprovechar” el espacio para ser complaciente y escribir algo que todos aprueben, es más honesto abordar un tema que quizá no sea agradable, pero, sin duda es importante. El magisterio como forma de vida no es fácil, implica una exigencia constante por cumplir con un imaginario romántico y muy pesado sobre lo que “debe ser” un profesor. De dónde viene ese imaginario que constriñe y como señuelo; nos hace aceptar actividades que van más allá del cumplimiento del deber. Recordé un texto de Mílada Bazant sobre la educación en el porfiriato y rescaté algunos pasajes interesantes que no pretenden ser un análisis exhaustivo de su obra, sino un recordatorio, y quizá un descubrimiento para muchos, de que la situación del magisterio en algunos rubros ha cambiado poco del porfiriato a nuestros días. Se han logrado muchas cosas, sin embargo, problemas estructurales que persisten desde entonces no se pueden solucionar cambiando letras en los textos. Se necesita partir de un reconocimiento de la realidad. Cuestiono ese imaginario de la labor docente como altruista, desinteresada, que se debe llevar a cabo en todo tipo de condiciones con una abnegación de santo, hay que partir de una idea del magisterio como forma de vida, tal como es vivida por los profesores, no como queja, pero tampoco como adulación. De dónde viene esa imagen del profesor como un héroe social, cuáles son los hechos e ideas que conformaron en las sociedades y en las instituciones mismas un deber ser tan exigente y tan desajustado a realidad. El lector disculpará la técnica burda de citación, ya que contrario al canon he decidido no hacer comentarios de texto antes o después de cada cita, sino que las

he colocado para que quien lea enlace la cita del texto de Bazant con el t3pico que se est3a tratando.

Las personas se hacen profesionistas con la expectativa de obtener buenos dividendos monetarios y hacer algo que va de acuerdo a su naturaleza. La sociedad y las instituciones ven a la docencia como si se tratase de vocaci3n heroica y sufrida. Dispuestos a cambios, adaptaciones, y a trabajar en las condiciones que sean. Se apela una y otra vez a la vocaci3n y compromiso social del docente para sacar adelante situaciones que no dependen en absoluto de su desempe1o y que no son provocadas por 3l. Santiba1ez (2002) afirma que en t3rminos de ingreso absoluto anual los docentes en M3xico tienen ingresos limitados, no s3lo en comparaci3n con otros profesionistas, sino incluso en comparaci3n con t3cnicos. Frente a la labor docente hay una serie de ideas que la sociedad y las instituciones exigen del docente.

¿No convendr3a m3s que el mismo magisterio piense que antes que forma de vida, su actividad sea un modo de subsistencia y progreso econ3mico rentable como toda otra ocupaci3n?, ¿Suponiendo que el magisterio es una forma de vida *per se*, es una forma de vida equilibrada en satisfacciones y bienestar material, f3sico y mental respecto a su exigencia, condiciones y responsabilidad? “Con la creaci3n en 1885, de la primera Normal en la capital, le siguieron pr3cticamente todos los estados y ninguna profesi3n fue m3s popular ni m3s aplaudida que la de maestro. Este grupo profesional tom3 su trabajo como misi3n y gracias a ellos sobrevivi3 varios a1os. Sin embargo, debido a su baja retribuci3n y a las deplorables condiciones laborales empezaron a legitimar sus intereses y hac3a fines del r3gimen formaron un grupo homog3neo de protesta” (Bazant, 2006: 18).

Primero habr3a que descartar la respuesta falsa; que la labor docente se hace por amor a la ense1anza, al pa3s y que entonces quien sienta en su interior ese amor y compromiso siempre estar3 satisfecho pese a la dificultades que implica su labor y que su satisfacci3n y recompensa espiritual ser3n tan o m3s grande que el tama1o de las dificultades que enfrenta. Esta respuesta es falsa porque no estamos hablando de compromiso, si estamos pensando al magisterio como una forma de vida,

entonces lo más congruente es que cualquier modo de vida debe aspirar a ser sano, satisfactorio y suficiente en sentido material. Nadie en sano juicio afirmaría que hay profesiones cuya aspiración es convertirse en un modo de vida insano o insuficiente para vivir una vida digna. Como cualquier profesión la vocación sirve para elegir una carrera, pero no para ser mártir social. Y ese es un meta relato y una visión del profesor que se ha inculcado desde el porfiriato en nuestro país. Que el profesor con su capacidad y esfuerzo puede revertir todos los males sociales, y no sólo que puede, sino que debe. No es así. “Justo Sierra ponderaba que los maestros tenían la misión educadora que los ponía moralmente por encima de todos cuanto prestan como ciudadanos servicios a la patria exceptuando a los encargados del honor y el territorio nacional . Consentía, sin embargo, en que la situación del maestro era precaria, porque normalmente se les ignoraba y materialmente se les olvidaba (Bazant, 2006: 29-30).

No hay falta de voluntad del magisterio, cuántos profesores en México usan su propio equipo de cómputo. El esperar que un equipo docente incida en una comunidad donde la educación formal no es el proyecto de vida que las familias tienen para sus hijos, o donde estos van obligados y sus modelos de vida están alejados de aquellos que se logran con una profesión es un tanto ilusorio. Las familias saben que el bienestar económico no van de la mano de la educación formal “Podemos decir que la base de la educación actual se gestó en esos años, que van de 1876 a 1910. Se introdujo la pedagogía moderna, se crearon y multiplicaron las escuelas Normales, se ofrecieron carreras técnicas a los obreros y la educación superior alcanzó una época de oro. Sin embargo, la obtención de un título no garantizaba mejores sueldos ni mayores oportunidades” (Bazant, 2006: 2).

La labor docente es limitada por factores que le son ajenos, la disciplina en las aulas es cada vez más difícil de lograr mientras se siga enflacando la autoridad del profesor. Espacio para disciplinar no significa herir o atentar contra la dignidad de los alumnos, sino formar, y sobre todo, el poder impartir clase en un verdadero clima escolar. Paradójicamente mientras se romantiza la imagen del profesor, también se desdibuja su dignidad en los medios de comunicación, ante todo

conflicto, el profesor es quien será puesto en tela de juicio por las familias, las autoridades y los alumnos, como si se tratase del elemento que siempre falla, y no es así. Nuestro papel tiene que volver a ser el de un profesionalista en el que se confía, si la labor docente no es de confiar, ¿por qué ganamos un espacio de trabajo, quién nos puso ahí, quién nos validó y cómo logramos un título universitario?

Romantizar y exigir que demuestre su compromiso tolerando todo de tipo de actitudes; no es la solución a los problemas sociales. “La mayoría de los educadores del porfiriato pensaba que a través de la educación México se convertiría en un país moderno y democrático. La difusión de la instrucción pública bastaría para transformar el país en una nación más justa y progresista. La insistencia en que la educación primaria fuese obligatoria provenía de la idea de que la educación cambiaría actitudes, mentalidades y ocasionaría bienestar a través de la obtención de un trabajo digno. Hoy se sabe, como también lo supieron, Chavero, Bulnes y otros, que para crear una sociedad democrática y justa es indispensable que se produzcan otros cambios estructurales como el reparto de la tierra, la creación empleos, la salud pública, etcétera” (Bazant, 2006: 21).

No es cierto que donde hay docente y alumno hay enseñanza, ésta es una labor que necesita la interacción de muchos aspectos. No quiero ahondar en situaciones como las limitantes sistemáticas para una sana disciplina, la inasistencia prolongada de alumnos cuyas familias y ellos mismos piensan que la escuela es como un compromiso mínimo o un requisito social a cumplir pero cuya premura por participar en labores remuneradas es más importante. “Al término de las diferentes carreras, los egresados no obtenían mayores sueldos ni tenían mejores oportunidades. Se daba preferencia al competidor extranjero que ofrecía los mismos servicios a precios más altos. El régimen estuvo ciego ante las necesidades de sus propios profesionistas (...)” (Bazant, 2006: 19).

Al pensar críticamente sobre el magisterio como forma de vida, se cancela ese imaginario romántico del profesor llegando en un burrito a la escuela, cuya aula es una mesita bajo un árbol. Esta romantización no es buena para la educación, es tiempo de ser objetivos para diagnosticar la situación educativa del país y partir de bases empíricas

sobre lo educativo. “En suma, el ministro Sierra reconocía que la educación nacional estaba muy atrasada y les pedía a los maestros salvarla. (...) Rodolfo Menéndez contestó (...) Desde el luego, había todavía un abrumador por ciento de analfabetas, pero con el patriotismo de los maestros se podría regenerar la patria” (Bazant, 2006: 32).

Por ejemplo, fue tabú durante la pandemia provocada por el Covid-19 el pensar o decir que había alumnos, que sabiendo que obtendrían una nota aprobatoria por default, no se conectaban a clases, ni entregaban trabajos porque así fue su voluntad -el no hacerlo-, se adjudicaba toda ausencia de trabajos y conexiones a clases diciendo que la falta de acceso a internet y recursos económicos les impedían sostener sus actividades de aprendizaje. “Varones y mujeres debían ir a la escuela de los 6 a los 12 años de edad y se impondría multas a todas las personas responsables de que no se cumpliera este precepto. Si el gobierno hubiera hecho efectiva la aplicación de este artículo hubiera tenido que multar a más de la mitad de los padres o tutores” (Bazant, 2006: 20). Y no se trabajó en ver la realidad, como siempre; se instó a los profesores a una labor extra, incluso a ir a los domicilios a buscar a las familias. Si no podemos reconocer la realidad, lo educativo seguirá sin mejorar. Por eso afirmo que con el deber ser no basta. “Por desgracia el abismo que hay entre la palabra escrita y la práctica es enorme” (Bazant, 2006: 15). Tampoco es cierto el truco consabido de que ejercer el pensamiento crítico respecto a la labor docente es lo mismo que poner a los profesores a hacer sus inventarios morales, a culparse humildemente de todos los huecos cognitivos, emocionales y económicos con los que llegan 40 o más de 100 alumnos que atienden cada semana. Ejercer el pensamiento crítico, es primeramente reconocer y desmontar las expectativas no lógicas ni congruentes.

Toda labor docente tiene beneficios, y también como en cualquier actividad humana hay malas prácticas, ideas erróneas, situaciones que hay reconocer y corregir si se espera mejorar. ¿Cómo se puede mejorar algo que no es visto en su realidad? La realidad educativa del país no la compone únicamente el docente, no es el único que tiene que reconocer sus malas prácticas, éstas se pueden presentar en cualquier

agente, nivel o ámbito educativo y no debe ser tabú el abordarlo. En segundo lugar, toda profesión u ocupación tiene un mínimo de condiciones para que sea bien ejecutada y exitosa, hay que hablar de las condiciones reales para que éstas puedan intervenir. “En 1906 Ricardo García Granados, al analizar la Constitución del 57, sostenía que el error de los legisladores mexicanos estaba en considerar las cosas no como son, sino como deberían ser a su juicio, es decir, se basaban en una realidad idealizada” (Bazant, 2006: 13).

El magisterio como forma de vida debe entonces reconfigurarse, no desde la imaginación normativa que nos seduce a describir un deber ser que sirva para complacer, adular y finalmente autoengañar, sino a través de las experiencias positivas y negativas de quienes desempeñamos esta profesión. Si es forma de vida ¿qué es realmente lo que se vive día a día en las rutinas de la labor docente?, ¿cómo sortean toda clase de impedimentos y a qué riesgos emocionales, legales y físicos están expuestos los profesores? Hay también un cúmulo de experiencias exitosas en panoramas complicados y hay satisfacciones diarias en esta labor, sobre ellas hay mucho, pero también hace falta no cerrar los ojos antes situaciones complicadas que se viven, para tener un panorama completo, real y sobre todo honesto del magisterio como forma de vida.

Bibliografía

- Bazant, Mílada. (2006). *Historia de la Educación durante el Porfiriato*. Edit. El Colegio de México: Ciudad de México.
- Santibáñez, Lucrecia M. ¿Están mal pagados los maestros en México? Estimado de los salarios relativos del magisterio *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos* (México), vol. XXXII, núm. 2, 2° trimestre, 2002, pp. 9-41 Centro de Estudios Educativos, A.C. Distrito Federal, México.